

***DISCURSO DE RECEPCIÓN COMO ACADÉMICO
CORRESPONDIENTE DEL ILMO. SR.
D. AUGUSTO FERRER-DALMAU NIETO***

Palabras de la presidenta

Excmo. Sr. Presidente del Instituto de Academias de Andalucía,
Excmo. Sr. General Jefe de la Fuerza Terrestre,
Ilmo. Sr. Diputado Primero de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla,
Cuerpo Diplomático, Autoridades, Académicos, Sras. y Sres.:

Esta Real Academia abre hoy sus puertas para dar la bienvenida a un nuevo académico que, con su importante trayectoria profesional, honrará a nuestra Corporación.

Hace pocas semanas ingresaba en ella como Numerario un pintor sevillano de enorme calidad, al que podemos integrar dentro de la corriente artística de pintura abstracta. Hoy ingresa como Correspondiente un pintor catalán de enorme talla artística dentro de la corriente figurativa. Con ello manifestamos que la Academia, por encima de los gustos y pareceres individuales de cada uno, no se decanta en su conjunto por una u otra corriente, sino que sabe valorar las virtudes que encierran las dos tendencias artísticas.

La Academia no se rige por gustos transitorios ni por leyes de mer-

cado, quiere estar por encima de esas tendencias, ver más allá y valorar lo que, a juicio de sus miembros, cree que realmente tiene valor y es digno de hacerse resaltar con sentido histórico. Y es lo que nos ha movido a proponer y nombrar Correspondiente nuestro en Barcelona a D. Augusto Ferrer Dalmau, un pintor que huye de la abstracción para recrearse en la figura, más todavía, en el detalle, con un afán caligráfico, diríamos que miniaturista, en el que cada rasgo tiene auténtico valor artístico. Los numerosos encargos que recibe y la presencia de cuadros suyos en museos y centros oficiales de numerosos países, indican que es un arte que siempre tiene vigencia, pues los gustos pueden cambiar y evolucionar a lo largo del tiempo, pero la obra de arte, sea de una tendencia u otra, tiene un valor permanente. El Sr. Ferrer Dalmau es un excelente pintor, un magnífico dibujante, con un impresionante sentido de la acción y el movimiento, y una persona especialmente preocupada por el hombre y por su historia. Y es esa historia, reflejada en sus cuadros, la que nos hace ver unas realidades que nos parecen lejanas, pero que están siempre presentes. Todo ello ha hecho que haya sido elegido por el Pleno miembro Correspondiente de esta Real Academia, la cual se honra de poder contar desde hoy entre sus miembros a este artista de talla internacional, pues vendrá sin duda a engrandecerla como centro cultural e histórico de la ciudad de Sevilla.

Nombramiento como Académico Correspondiente del Ilmo. Sr. D. Augusto Ferrer-Dalmau Nieto

Según consta en el libro de Actas de esta Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, en su sesión plenaria del día 31 de mayo de 2016, se acordó nombrar Académico Correspondiente en Barcelona de esta Real Corporación al Ilmo. Sr. D. Augusto Ferrer-Dalmau Nieto, en atención a los méritos contraídos en la realización de una amplia obra pictórica de notable calidad, dedicada fundamentalmente a la representación de temas relacionados con hechos de nuestra historia nacional y la historia de nuestro ejército.

De todo lo cual, como Secretario General, doy fe.

Dado en Sevilla, a 14 de marzo de 2017.

***DISCURSO DE PRESENTACIÓN COMO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE
D. AUGUSTO FERRER-DALMAU NIETO,
por Fernando Fernández Gómez***

Excma. Sra. Presidenta

Excmo. Sr. Presidente del Instituto Academias Andalucía

Excmo. Sr. Jefe de la Fuerza Terrestre

Ilmo. Sr. Diputado Primero de la Real Maestranza Caballería de Sevilla

Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos

Queridos amigos:

Me ha correspondido el privilegio de presentar ante ustedes a nuestro nuevo Académico Correspondiente en Barcelona, D. Augusto Ferrer-Dalmau. A primera vista podría parecer una sinrazón que, habiendo entre los Numerarios de esta Academia muy importantes y conocidos pintores, sea un historiador quien presente a un pintor de nuestros días. Pero lo comprenderemos si consideramos que el Sr. Ferrer-Dalmau no es un pintor preocupado solo por el dibujo y el color, técnicas que domina a la perfección, ni que busque en sus obras solo el movimiento y la belleza, sino que aglutina las diversas técnicas o virtudes para plasmar en sus cuadros fundamental y, en la actualidad, casi exclusivamente, hechos de nuestra historia, acciones militares de las que, como españoles, podemos sentirnos orgullosos, pero que, con frecuencia, lamentablemente, ni siquiera se mencionan en nuestros libros de texto, los que usan nuestros hijos, los cuales posiblemente nunca llegarán a saber, por haberlo estudiado, que existió, por ejemplo, una batalla de Rocroy, en la que

los tercios españoles, tan temidos en toda Europa a lo largo de más de un siglo, fueron vencidos por los franceses, y diríamos que aniquilados, pues a partir de entonces ya nada volvería a ser igual, ni los tercios ni el Imperio. Sería como el contrapunto a La rendición de Breda, el famoso cuadro de las lanzas de Velázquez. Aquí con un ejército español triunfante y un general francés que hace ademán de arrodillarse ante el español, que caballerosamente le alza, y en Rocroy, por el contrario, apenas 20 años más tarde, con un ejército español vencido, en un ambiente gris, crepuscular, agonizante, como el imperio a partir de aquel momento, pero con unos soldados en pie, con sus picas en las manos, junto a sus compañeros caídos, y dispuestos a seguir luchando si así se lo ordenaran, aunque ya no dispusieran ni siquiera de pólvora. Porque en Rocroy, dicen las crónicas, se perdió todo, menos el honor. Y así lo refleja en su cuadro Ferrer-Dalmau.

Como refleja, amigo el pintor también de las marinas y los enfrentamientos navales, el estado en que quedó un buque español de nombre premonitorio, El Glorioso, que había sido atacado en su travesía del Atlántico, como tantos otros, por los piratas ingleses, pero que no consiguieron rendirlo antes de haber desembarcado en Cádiz las riquezas que traía de América. Apresado después, pero maltrecho por las heridas recibidas en el largo combate, se hundirá camino de Inglaterra frente a las costas portuguesas. Ferrer-Dalmau lo representa en plena batalla, desarbolado, rodeado de buques enemigos, pero manteniendo orgullosamente izada la bandera en el único palo que, con dificultad, se mantiene en pie.

Son historias de nuestra Edad de Oro, de cuando teníamos la responsabilidad de gobernar el mayor imperio que se haya conocido nunca.

Pero no solo en historias de aquellos tiempos gloriosos se ha fijado Augusto Ferrer-Dalmau. También en otras más recientes, de cuando España no era ya ni sombra de lo que había sido, y se enzarzaba, por estrechos problemas domésticos y dinásticos, en crueles luchas fratricidas entre isabelinos y carlistas, liberales y absolutistas, que nuestro nuevo Académico ha querido dejar plasmadas también con toda su crudeza, pero sin olvidar detalles tan humanos, en medio del odio y el rencor que animaba a los combatientes, como el soldado que detiene su caballo ante la cruz del camino, la madre que trata de despedirse del hijo que se apresta a la marcha, la joven campesina que, abrazada a un haz de espigas, se dirige a un oficial como pidiéndole respeto para su cosecha, o la pastorcilla que parece pedirlo para las ovejas que, pastando, la rodean.

Y es que, incluso en las guerras, la vida, aunque empobrecida, entris-

tecida, ensangrentada, sigue. Y son los mismos los sentimientos del hombre. Y Ferrer-Dalmau no lo olvida.

No menos cruel que las civiles había de ser la guerra que poco después nos llevó al otro lado de nuestras costas, al Norte de África. “Con África en el corazón” titula Ferrer-Dalmau un conjunto de láminas en las que podemos ver a nuestros soldados, de infantería, legionarios, regulares, montados en sus caballos, siempre los caballos en la pintura de Ferrer-Dalmau, saliendo tranquilamente de sus campamentos o envueltos en sangrientas batallas, como cuando en Annual los rifeños masacraban a nuestros soldados en su retirada hacia Melilla y el regimiento de Alcántara, voluntariamente, se interpuso entre las filas de ambos para ser ellos, jinetes y caballos, los que recibieran las balas destinadas a sus compañeros, vida por vida, hasta morir todos ellos. Y no ha sido hasta nuestros días, cien años más tarde, cuando se ha hecho el honor y la justicia de entregar al regimiento la condecoración que merecían.

A la vista de estos hechos podría pensarse que el Sr. Ferrer-Dalmau prefiere recordar solo derrotas de nuestras tropas, soldados vencidos. Pero no es cierto, pues el nuevo Académico también ha traído hasta nosotros el recuerdo de batallas gloriosas, como la decisiva de San Marcial, una de las más importantes de nuestra Guerra de la Independencia contra los franceses, ya en 1813. Eran los últimos reductos del ejército invasor en nuestro suelo, y Ferrer-Dalmau ha pintado el momento en que ambos ejércitos se enfrentan cuerpo a cuerpo y en que los caídos, entre ellos un joven tamborilero, poco más que un niño, se mezclan con los que combaten a bayoneta calada; y parecen hasta oírse los gritos de furia de los que atacan y los de angustia y súplica de los heridos.

Mas no solo en el ejército en su conjunto se ha fijado el nuevo Académico; también en figuras destacadas de nuestra historia, o que merecen serlo, como Cristóbal Rodríguez, marinero de Palos que Colón conoció en Sevilla y que fue capaz de aprender en poco tiempo la lengua de los indios para mejor entenderse los españoles con ellos, y con uno de los cuales le representa el pintor en amistosa y tranquila charla. O en Agustina de Aragón, orgullosamente en pie, sujetando en la mano la antorcha con la que va a prender la mecha del enorme cañón en que se apoya, contrastando la belleza y serenidad de la mujer, recogido el sencillo delantal a la cintura, su pañuelo al cuello, su mirada al frente, con la dramática visión de los cuerpos de hombres destrozados que cubren el suelo. O en alguien en quien hace pocos días nos fijábamos también nosotros y le dedicábamos una merecida sesión en esta misma sala. El general Bernardo de Gálvez, un malagueño de Macharaviaya que se enroló

en el ejército y tuvo una destacada actuación en la guerra de independencia de los Estados Unidos, hasta el punto de ser considerado allí como un héroe por su actuación contra los ingleses. Después sería Gobernador de lo que entonces se llamaba, porque lo era, la Nueva España.

Es un pintor, por tanto, de batallas, de soldados, de hechos y personajes heroicos, un pintor catalán enamorado de nuestra historia, la historia de España, y de la historia de nuestro ejército. Un artista al que por su forma, por su estilo, la tendencia al realismo, el gusto por el detalle, podemos considerar seguidor de Antonio López, al que en los inicios de su carrera imitó en los paisajes urbanos de Barcelona y Madrid, y por su temática, su dedicación a la representación de temas militares, continuador de la obra que tímidamente iniciara entre nosotros a finales del siglo pasado José Cusachs, pero desarrollando sus ideas, enriqueciendo las composiciones y elevándolas por su perfección a la categoría de auténtica obra maestra, por lo que muy bien podemos considerarle creador de una corriente artística nueva, figurativa, historicista, alejada sin duda de las modernas tendencias pictóricas, pero que tiene el mérito y el valor de zambullirse en nuestra historia para sacar de ella temas que a todos deben enorgullecernos. No son sencillas marinas, ni escenas campesinas, ni paisajes urbanos, ni sucesos intrascendentes. Son páginas de nuestra historia a las que él ha sabido dar vida, recrear cómo pudieron ser, basado en los datos que de esos hechos tenemos. De él podemos decir que no pinta por pintar, por crear algo simplemente bello, agradable a la vista, sino que lo hace, sin renunciar a la belleza de las formas, tan difícil de alcanzar cuando se trata de representar el dolor, la crueldad y la muerte, con un afán pedagógico, con la convicción, le hemos oído decir en alguna ocasión, de que la ignorancia y el desprecio por la historia es una de las razones de la falta de patriotismo que se observa en nuestra sociedad.

No es solo, pues, de belleza, de color y de dibujo, de luz y de veladuras, de diagonales o triángulos compositivos, de perspectivas y escorzos, aunque los domine por completo, en lo que tenemos que fijarnos cuando contemplamos sus obras, sino también en su contenido, en el mensaje que encierran, en lo que quieren decirnos, siempre referido a hechos o personajes reales de nuestra historia, frecuentemente olvidados por nosotros, los historiadores. Por eso es de alabar que haya un pintor que de esos hechos heroicos, de victorias y derrotas, haya querido dejar memoria gráfica para siempre, y memoria con un indiscutible ingrediente de obra de arte. Y nosotros podemos sentirnos orgullosos de que ese artista, tras el acto de esta noche, pase a formar parte de nuestra Academia.

De él podemos decir, por tanto, que es una persona comprometida no solo con el arte, sino con el arte y con la historia, nuestra historia, que no es solo vergonzosa corrupción, aunque sea de lo que lamentablemente más se hable en nuestros días, sino sobre todo aventura y heroísmo, como lo muestran los hechos imperecederos de tantos navegantes, los primeros en llegar a América, los primeros en dar la vuelta al mundo, de tantos conquistadores y colonizadores, cuya huella aún perdura, y perdurará para siempre, en gentes que hablan nuestro mismo idioma, llevan nuestros mismos nombres y practican nuestra misma fe, llevada hasta ellos por muchos misioneros, que no solo bautizaron, sino que también educaron, que no solo levantaron iglesias, sino también universidades, que no solo enseñaron a rezar, sino también a escribir. Y muchos de los cuales, navegantes, colonizadores, misioneros, dejaron generosamente sus vidas en tan difícil empresa.

Del Sr. Ferrer-Dalmau diremos finalmente, aunque sea lo menos importante, que es natural de Barcelona, donde se formó con los jesuitas, que posteriormente se trasladó a Madrid, asfixiado por el ambiente nacionalista que en su ciudad natal se respiraba, y que actualmente trabaja y pinta en Valladolid, aunque sus obras se hallen dispersas por numerosos países, haya realizado exposiciones por todos ellos y de él se hayan escrito numerosos artículos en libros y revistas e incluso algunas monografías.

Es miembro de la Sociedad Internacional de Artistas de Guerra, y también de la Orden Imperial de Carlos V, posee la Cruz de Plata de la Orden del Mérito de la Guardia Civil y ha recibido un reconocimiento expreso de la Inspección General del Ejército. Es asimismo Académico de Número de la Academia de la Diplomacia, la cual ha creado recientemente unos premios a la concordia y el entendimiento que llevan su nombre.

Uno de los últimos en escribir sobre él ha sido el conocido Académico de la Lengua Arturo Pérez Reverte, el cual, como él, ha sido testigo de algunos de los últimos actos de guerra en los que ha participado nuestro ejército. Pérez Reverte en la antigua Yugoslavia, Ferrer-Dalmau en Afganistán; aquel para escribir sobre la guerra, este para pintar sus escenas. Y el escritor admira en el pintor su «afán de documentación rigurosa, que le convierten, dice, en un historiador que, en lugar de escribir libros, pinta cuadros». Y esa es la razón por la que hoy nos ha correspondido a nosotros el privilegio de su presentación. Son, en cualquier caso, palabras que hacemos nuestras, y con nuestra felicitación por su obra, que admiramos, y por su ingreso en esta Academia, en la que a partir de ahora nos sentimos orgullosos de tenerle, le cedo la palabra para que nos hable de arte y de historia.

***DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN COMO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE
D. AUGUSTO FERRER-DALMAU NIETO***

***PINTOR DE BATALLAS.
Arte y compromiso con la Historia***

Muy buenas tardes a todos,

Quiero comenzar mis palabras expresando mi agradecimiento a la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría por el nombramiento con el que he sido honrado como Académico Correspondiente en Madrid de tan insigne institución.

Gracias a su Presidenta, D^a Isabel de León Borrero, Marquesa de Méritos, por sus palabras de bienvenida; y al Secretario General de la Corporación, D. Fernando Fernández Gómez, por su generosa y documentada presentación que, debo decir, me ha llenado de emoción.

“Pintor de batallas” —y no “Pintores de batallas”— es el título que he elegido para mi disertación centrada en el arte y el compromiso con la historia. Esto es así porque, estrictamente, lo que expondré y compartiré con todos ustedes se refiere exclusivamente a mi experiencia personal, a mi motivación y técnica individuales como pintor enfocado, en gran medida aunque no sólo, en hechos históricos de contextualización y connotación bélicas.

Quiero decir con ello que no me arrego la representación o el sentir de otros artistas plásticos que puedan transitar por los mismos derroteros y temá-

ticas por los que lo hago yo, sino que me remito únicamente a lo que yo siento y al arte que quiero proyectar cuando pinto mis cuadros. De cualquier modo, tengo la seguridad de que los impulsos que puedan estimular a otros pintores a volcarse en un tipo de obra con una temática tan específica y con tanta fuerza y gravedad como la militar y bélica son, sin duda, semejantes en todos los casos. “Pintor de batallas” es el honroso apodo que me dedicó mi gran amigo el académico Arturo Pérez Reverte: su imaginación y colaboración han marcado algunos de mis cuadros más conocidos, y siempre cuento con su ayuda cuando necesito abordar alguna temática compleja.

Dos son los ejes principales de mi vocación artística: la pintura en sí misma y mi amor y admiración por España, por su historia y por los héroes que dieron todo por ella.

Empezaré por lo segundo, que es lo más importante, porque el artista —y luego abundaré sobre ello— debe buscar la belleza, sin duda, pero también debe tener una función social —la que le dicta su conciencia—, un compromiso con sus semejantes.

Nací hace 53 años en Barcelona, en el seno de una familia de la burguesía catalana. En el transcurso de mi vida he sido testigo, junto a millones de catalanes, de cómo se creaba día a día una historia “contra factual”, un relato histórico construido contra la realidad de los hechos, tergiversando y pervertiendo los acontecimientos pasados o, simplemente, inventándolos. Todo ello con el objeto de construir en las mentes y en las voluntades de los ciudadanos, sobre todo de las nuevas generaciones de catalanes, un nuevo referente nacional e identitario contrapuesto, inmoralmente, al resto de los ciudadanos de nuestro país, al sentir de solidaridad del conjunto de los españoles: una Cataluña sorprendente y antinaturalmente no española.

Nada más lejos de la verdad y de la identidad real de Cataluña, una tierra profundamente hispana desde mucho antes de su propia configuración cultural, territorial y política cuando, precisamente, era conocida en la Alta Edad Media como “Marca de España” o “Marca Hispánica”.

Nada más lejos de la verdad y de la identidad real de los catalanes. Somos un pueblo comprometido desde siempre con el ideal de la unidad que articuló la Corona de Aragón y que impulsó la unión con Castilla y los demás pueblos de España para construir nuestra Nación común. Un pueblo que, durante los siglos que se sucedieron, vivió los mismos avatares que el resto de

nuestros compatriotas: el auge y las crisis del siglo XVII; la Ilustración y la racionalización del XVIII; la gran Guerra Hispano-Francesa de 1808-1814; las guerras civiles carlistas que desgarraron toda nuestra geografía; la extravención española en el norte de África; el desgarró de Cuba; la última gran contienda fratricida de mediados de los años 30 del siglo XX... y, por último, las cuatro décadas de mayor desarrollo y progreso material, social y democrático vividas por toda España desde la reinstauración en 1975 de la Monarquía como régimen parlamentario.

Pero, coetáneamente al proceso de creación e invención de una nueva identidad colectivo-nacional catalana por parte de las autoridades nacionalistas de mi tierra, se ha venido produciendo un hecho paralelo y lamentable en el conjunto de nuestro país: la misma desnacionalización de la propia España. El desconocimiento de su historia, la interiorización de complejos falsos y absurdos, el ensalzamiento de la diferencia en vez del de los valores de concordia y unidad..., todo ello favorecido o impulsado por una innegable fragmentación política, educativa y cultural que, con la complicidad de muchos, nos ha traído hasta la crítica situación actual.

Así que, efectivamente, percibo que los decenios de mayor progreso económico y social de nuestro país son también, triste y paradójicamente, los de la aceleración de la descomposición de España a la que asistimos atónitos. Y en este sentido, la situación de Cataluña es, finalmente, un mero correlato de la situación general de España, lo cual, irónicamente, confirma una vez más la profunda españolidad de Cataluña.

Señoras y señores,

Entiéndanme y discúlpenme esta incursión historicista y, si se quiere, política, pero les había adelantado que el artista —en mi caso, el pintor— tiene una función social que cumplir, aparte de la intrínseca de crear belleza. Y mi función social, la que he elegido y de la que saco fuerza para pintar mis óleos, es contribuir en la medida de mis posibilidades a la recuperación de la conciencia española, de la conciencia de nuestra historia y de nuestro lugar en el mundo. Ésa es mi batalla. Ésta es la batalla que quiero pintar y que debo pintar.

¿Y cómo hacerlo? Rescatando, recordando y recreando grandes hechos de la historia de España; acontecimientos, triunfos, victorias, heroicidades, descubrimientos sin par que, les aseguró, hacen de nuestro país una nación clave de la Historia Universal. Sabemos bien que si otros países, muy queridos y respetables, hubieran sido protagonistas de algo parecido, la in-

dustria cultural y cinematográfica mundial nos lo estaría recordando en todo momento.

¿Y por qué, en gran medida, represento hechos bélicos y escenas de nuestra historia militar?

Es cierto que España está en la cúspide del arte y la literatura universal, que fuimos los pioneros de la Globalización, que creamos una civilización intercontinental de base hispánica, que nuestros juristas e intelectuales sentaron las bases del Derecho Internacional moderno. Incluso que el primer parlamentarismo medieval tuvo aquí su origen. Logros culturales y políticos grandiosos que, sin duda, también habremos de reflejar. Sin embargo, la imagen del hecho bélico, por su gravedad, plasticidad y épica, proyecta mejor que ninguna otra el esfuerzo, el peligro, el heroísmo y la grandeza de hombres y mujeres, anónimos o famosos, que lo dieron todo, hasta la vida, por una causa, unos valores, una lealtad, por un sentimiento de hermandad. Por una patria. Por España.

No es una pintura belicista. Todo lo contrario. Rinde homenaje, lleno de respeto, a los que lo dieron y lo perdieron todo. A los españoles, pero también a sus adversarios que se batieron con valentía siendo fieles a sus propias lealtades. Una lección de lo que cuesta la paz que nunca debemos perder y que hemos de guardar con dignidad como el mayor tesoro. Los horrores de la guerra nos ayudan a recordarlo mejor que nada. Éste es el sentido, por cierto, del premio de la Academia de la Diplomacia, dedicado a la concordia y el entendimiento, que tengo el honor de que lleve mi nombre.

He señalado que la vía escogida es rescatar, recordar y recrear. Recordemos los hechos heroicos porque nuestro sistema educativo parece haberlos olvidado o escondido; y divulguémoslos para que todos, especialmente nuestros jóvenes, se sientan orgullosos de las gestas de sus antepasados, de nuestros compatriotas de todos los tiempos.

Rescatemos la memoria de otros muchos acontecimientos extraordinarios protagonizados por España en el ámbito militar, en el de las exploraciones o en otros, y que casi nadie conoce.

¿Saben ustedes que, en el contexto de la Guerra de los Cien Años, las escuadras hispanas de la Corona de Castilla impusieron su hegemonía en el Canal de la Mancha y en todo el sur de Inglaterra? ¿Qué hostigaron o tomaron decenas de poblaciones inglesas y que, con el Almirante Fernando Sánchez de Tovar al mando, entraron en el Támesis hasta casi las puertas de Londres?

¿Saben que, aparte de los descubrimientos de América y del Pacífico, o sea, de la mitad del Orbe, España protagonizó también otros descubrimien-

tos fundamentales? Me refiero, por ejemplo, a los primeros avistamientos de Australia o de las fuentes del Nilo Azul realizados por occidentales; me refiero al primer avistamiento, por seres humanos, de tierras antárticas... Hechos impresionantes con los que España se adelantó en siglos a quienes luego aparecerían en los libros como sus teóricos descubridores... Éstos son sólo unos pocos ejemplos de la formidable, insuperable, historia española que estamos llamados a recuperar y que, sin duda, hay que pintar.

Y para ello, como digo, hay que recrear la imagen, o imágenes, que pudieron proyectar los hechos concretos. La pintura y el teatro desde hace centurias, y el cine desde el Siglo Veinte, han sido las artes e instrumentos capaces de interpretar, de reproducir imaginativamente cómo pudieron ser y acontecer visualmente sucesos históricos pretéritos.

Y esto me lleva ya a entrar propiamente en mi pintura, en mi estilo y técnicas, que es, quizás, lo que ustedes esperaban escuchar principalmente en esta disertación.

D. Fernando Fernández ha mencionado con inmensa amabilidad algunos aspectos de mi trayectoria pictórica. Yo me defino más como realista que como hiperrealista, porque me gusta dejar visible, en la corta distancia, la impronta de la pincelada; huyo del cuadro fotográfico. Soy totalmente autodidacta y nunca he estudiado pintura ni dibujo. Mis pintores de cabecera son algunos franceses del Siglo Diecinueve, como Alphonse de Neuville, Jean Baptiste Édouard Detaille y Jean Louis Ernest Meissonier. También el maestro contemporáneo Antonio López.

Reconozco en el colorido de mis obras una clara influencia de la escuela de Olot, que en ese aspecto siempre me ha fascinado, pero realmente soy incapaz de plasmar la luz y el color de Sorolla, por poner un ejemplo. No sé si será por mi retina o por la luz de mi Cataluña natal.

En el proceso de elaboración de mis obras puedo distinguir tres fases. La primera es la documental, que consiste en conocer con el mayor detalle el hecho histórico que voy a plasmar y los elementos materiales del mismo —escenarios, ambientación, armamento, uniformes, pertrechos—. Disfruto particularmente profundizando en los equipos de los caballos y en toda la dimensión ecuestre pues, tanto como pintor de temática militar, soy también pintor de temática ecuestre. Trato igualmente de imaginar el aspecto y las indumentaria reales de los soldados, pues la uniformidad reglamentaria, por falta de medios, muchas veces no se cumplía. En esta fase cuento con la colaboración de historiadores y especialistas, entre los que quiero mencionar a David Nievas, Luis Sorando, José Manuel Guerra y Jesús Dolado.

La segunda fase es el planteamiento del cuadro. Dibujo, por así decirlo, la escena en mi cerebro y cuando “la tengo” hago unos bosquejos rápidos en papeles y, algunas veces, escribo también unos breves apuntes para recordar ideas o detalles que más tarde trasladaré al lienzo.

La tercera fase es propiamente la de la realización. Ciertamente, mi proceso es atípico, pues no sigo ninguna referencia ni estudio al respecto. Una vez hecho el boceto sin detallar de la escena del lienzo, pinto los fondos; y siempre primero el cielo seguido del escenario, que es el elemento que marcará la intensidad de las figuras. Pinto de izquierda a derecha por la sencilla razón de que apoyo la mano en el lienzo y no me ayudo del bastón, ya que, la verdad, no sabría qué hacer con él... Dejo terminada cada parte que empiezo, antes de continuar con el resto del cuadro. Creo que es algo psicológico: quiero ver terminado lo que pinto antes de seguir adelante... y me parece que esto me pasa en otros aspectos de mi vida.

Es verdad que a menudo modifico figuras y escenas sobre la marcha, a medida que voy avanzando. Digamos que el dibujo en lápiz es orientativo y por eso no pierdo tiempo en detallarlo, salvo en algunos casos y personajes concretos. Una vez terminado, utilizo las veladuras para “engamar” el conjunto del cuadro, ya sea para oscurecer o aclarar el fondo, o bien para dar lejanías, o para ambientar. Acabo el cuadro con retoques y, en más de una ocasión, borro o añado alguna figura o elemento. Confieso que necesito Dios y ayuda para decidir cuándo considero que el cuadro está terminado: me podría pasar toda la vida retocando, borrando y restaurando detalles y elementos...

En suma, como decía, mi estilo lo enmarcaría en un realismo autodidacta, pintura clásica al óleo, donde dominan los colores terrosos y huyo de los llamativos y estridentes porque, a pesar de que los tonos de los uniformes militares podían ser muy vivos, acabo enmascarando esa viveza con el entorno y el escenario para obtener un mayor realismo.

Siento que tal vez les haya podido sorprender con la descripción de mi técnica pero, como les advertí, soy totalmente autodidacta. Aunque creo que, quizás, este modo de hacer y de crear en el campo pictórico pueda merecer alguna atención específica y servir a otros artistas.

Señoras y señores,

El gran Cusachs —mi paisano catalán y compatriota español— fue un pintor y militar que marcó una impronta indeleble en su tiempo representando escenas contemporáneas. Yo he querido ampliar el espectro a más siglos, a toda la historia de nuestro país, para despertar el orgullo de ser español en

tiempos difíciles. Ha sido un reto inmenso —está siendo un reto inmenso— no sólo en los circuitos de galerías donde al principio era impensable este tipo de temática, sino también en medios y ámbitos públicos. Y, por ello, seguramente me he creado no pocas animadversiones en este mundo de lo políticamente correcto. Pero lo importante es ser coherentes con nuestros principios y nuestro compromiso. Mirar de frente y luchar resueltamente por invertir la tendencia general. Sin miedo.

Hoy veo con enorme satisfacción cómo muchos jóvenes ponen en las pantallas de sus teléfonos móviles escenas pintadas por mí, y cómo se distribuyen en las redes sociales mis pinturas ilustrando diversos episodios de nuestra historia. Muchos jóvenes, gracias a esta pintura, han descubierto a nuestros gloriosos Tercios y saben ahora lo que fueron las Campañas de África o las Guerras Carlistas. De este modo, voy comprobando que el Arte es una gran arma para combatir la desidia y el olvido, para rendir el merecido homenaje a nuestros héroes y antepasados, y para recuperar y fortalecer nuestra conciencia colectiva.

Pero esta tarea que tanto me enorgullece no la he hecho solo. Son muchas las personas, aparte de las mencionadas anteriormente, que me han apoyado en esta trayectoria apasionante. Menciono, entre otros, a mi amigo Lucas Molina, que impulsó y apoyó mi proyecto desde los tiempos en que viví en Valladolid; a Jesús García Calero, que con generosidad y altura de miras divulga los mensajes contenidos en mi obra; y a mi amigo Frigidiano Álvaro Duránte: juntos nos afirmamos mutuamente en nuestra común determinación de trabajar por España.

Éste ha sido y es mi compromiso social que he tenido la fortuna de poder poner en práctica gracias a una habilidad artística que hoy, en Sevilla, me habéis querido reconocer en esta insigne Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Muchas gracias, una vez más, por esta distinción, por este honor que me da fuerzas para seguir perseverando en mi labor.

Gracias.

